

el desamparo que sufrió su corazón, son causados por este mismo objeto.

Venid, pues, ¡oh hijas de Sion! ¡Venid, almas devotas, fervorosos cristianos; venid al lado de vuestra afligidísima Madre! Derramad una lágrima á su lado, ofreciéndosela como prenda del amor que la teneis. Pronunciad palabras de consuelo, que serán para aquella alma afligida un bálsamo que mitigue el dolor de las heridas que le causó la muerte de su Hijo, para que, cuando Éste venga á consolarla el día de su resurreccion, tengais la dicha de hallaros junto á vuestra Reina y participar de las alegrías que con tanta abundancia envia Dios á las almas que sufren por su amor, y podais decir con la Iglesia: «¡Aleluya, aleluya; Jesus se entregó á la muerte por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificacion!» Que deseo á todos. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

DE LOS

DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA.

SU TERNURA Y SU CONSTANCIA.

*Crucifixerunt eum, stabat autem juxta
cruce[m] Jesu, Mater ejus.*

Lo crucificaron, y estaba en pié junto á
la cruz la Madre de Jesus.

(JOAN., cap. xix, vers. 18, 25.)

Hacia poco tiempo que la Religion del Crucificado, despues de haber penetrado en todos los reinos y provincias, se mostraba señora de todos los corazones, teniendo á sus plantas los trofeos de las supersticiones idólatras, y en su rededor hijos innumerables que habia producido la tierra fecundada con la sangre de los mártires. Cuando, disipadas todas las nieblas del error y la mentira, y alejado de los hombres convertidos del culto de sus ídolos todo vestigio de supersticion empezaba la Iglesia á tributar á María los homenajes debidos á su incomparable dignidad, un hombre audaz y sacrílego intentó derribar con sus doctrinas pestilentes el edificio de grandeza en que estribaba toda la excelencia de esta criatura privilegiada, y por consiguiente los motivos que los fieles tenían para venerarla. Negábase á María la prerogativa de ser madre de Dios, y con esto desaparecian todas sus virtudes, todas sus grandezas, todo su esplendor, toda su gloria, quedando reducida á la clase comun de las

demás mujeres. Este error, como todos los demás que en los siglos pasados han puesto mil veces á la Iglesia en congojas terribles, no tuvo otro principio que la interpretacion arbitraria de la Escritura, prescindiendo del sentido que le da la Iglesia, único intérprete infalible y única depositaria de la revelacion. Si el impío Nestorio, uniéndose al espíritu de esta Iglesia, hubiese traído á su memoria aquel momento en que Jesus exhalaba sus últimos suspiros en el Calvario, ciertamente hubiera fijado sus miradas en la tierna y compasiva Mujer que, traspasada de dolor y anegada en lágrimas, se hallaba en pié al lado del patíbulo, lo que no pudiera hacer si no fuese madre, y madre de Dios. *Stabat juxta crucem Jesu Mater*, etc. (Joan, c. XIX, vers. 18.)

Léjos estoy, amados míos, de poner á vuestra vista una demostracion sobre esta verdad, pues temeria ofender vuestra ilustrada piedad, tan adicta á los dogmas de la fé; y mucho más cuando estos cultos que hoy celebramos en honor de la Madre de Dios, son motivados por la devocion sincera de algunas almas que me oyen, y que cifran toda su dicha en presentar sus corazones á esta augusta Reina, en señal de amor y de gratitud. ¿Quién podrá dudar de la ternura maternal de María para con su Hijo Jesus? ¿Quién deja de conocer su heroica constancia al lado de la víctima del pecado? Conformes con la relacion del Discípulo amado, que fué el testigo ocular de los trabajos de Jesus y de los dolores de su Madre, vamos á examinar dos verdades que contribuyan á nuestra instruccion: en la una aprenderán las madres á prodigar á sus hijos los consuelos necesarios para alivio de sus tribulaciones; en la otra nos enseñaremos todos sin distincion, para hacernos superiores á todas las angustias y reveses del mundo, enemigo de todo aquel que quiera seguir las sangrientas huellas del Hijo de Dios. Las simples pero elocuentes palabras del Evangelista me su-

ministran el fundamento de estas reflexiones, que serán el objeto de mi discurso y el de vuestra atencion benévola. «Estaba en pié, dice el Evangelio, junto á la cruz la Madre de Jesus.» ¡Palabras sublimes y misteriosas! Hallarse al lado de un hijo que muere, es propio de una madre tierna y compasiva; pero estar en pié, sin desmayar entre tantas agonías ni sucumbir á la fuerza del dolor, es propio de una madre heroica; así, yo distingo en María dos personajes casi incompatibles con la débil naturaleza de una mujer, pero aunados íntimamente en María: la madre tierna y la heroína constante; como madre tierna, se une á su hijo para aliviar sus penas, tomando ella una parte considerable, hasta llegar al extremo de querer morir con él, si el cielo lo permitiera; como heroína, no se entrega á las consecuencias de su afliccion, ántes conserva su majestad, siempre inalterable, y una grandeza de ánimo envidiada áun de los ángeles. ¡Ah! Yo debiera callar despues de haber emitido estas ideas, dejando á vuestra piedad, á vuestro silencio y á vuestras lágrimas el ministerio instructivo más propio en el caso, del entendimiento que de la lengua, de la meditacion que de la voz.

Persuadido, pues, de mi insuficiencia, me postraré á las plantas de esta augusta Reina y Madre nuestra, y con el auxilio de vuestras oraciones, más fervorosas acaso que las mías, no dudo alcanzar la gracia que necesito para hablar con acierto de los dolores y constancia de María. No nos detengamos, pues, un punto; saludemos con toda la efusion y ternura que nos sea posible á la Reina de los mártires, diciéndola con el ángel:

AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE.

Para dar á conocer la tierna solicitud de María para con su Hijo paciente, basta decir que era su Madre. Registremos toda la innumerable série de los séres visibles, y por mucho que discurramos, jamás encontraremos uno que tanto llene el corazón como un hijo para su madre. Desde que ésta empieza á serlo, se forman relaciones tan íntimas, que no las puede abolir ni la misma muerte; por nueve meses continuos el hijo no vive sino con la vida de su madre, ni tiene otro alimento que el propio de la madre, y ésta sólo suspira por el día feliz en que, dejando el hijo el claustro maternal, pueda pasar á sus brazos, suspenderlo á sus pechos y entregarse sin cuidado á los trasportes de una alegría tan natural, tan justa y tan racional, como inspirada por el instinto y por la sangre. Estas simpatías casi materiales, ¿cuánto no se aumentan tan luego como la madre y el hijo forman dos séres enteramente distintos? ¿Qué indivisibles son las dos almas! ¿Qué identificados están los corazones! La alegría, el placer, el sentimiento y el dolor, todo es comun á una madre y á un hijo; de modo que, como afirma el Doctor angélico, aunque separado el hijo del útero materno, deja de vivir con la vida de la madre, los lazos de union mutua en vez de acabarse se aumentan con tanta mayor y más insuperable fuerza, cuanto excede lo moral á lo físico, lo racional á lo que es puramente instintivo.

Este amor que inspira la naturaleza recibe nuevos incrementos cuando se agregan circunstancias notables; más amor se tiene al hijo único que á una numerosa prole, porque la criatura limitada, á medida que reparte sus dones, tiene que privarse de ellos, y cuantas más sean las personas á quienes reparte, menor ha de ser la porcion de cada individuo; sí, el amor á un hijo único

es el más completo, el más extenso que puede haber en la naturaleza. Y si este hijo ha sido obtenido cuando era más inesperado, ó de un modo prodigioso, ¿habrá lengua que pueda explicar, corazón que pueda sentir la alegría de una madre, su cariño, su amor para con el objeto que es una parte de sus entrañas? Bien dan á entender esto las irremediables lágrimas con que lloraba la esposa de Tobías, sus pasos acelerados con que en medio de su ancianidad subía á los collados para ver si llegaba su único hijo, cuya tardanza era para su madre el anuncio de alguna desgracia. Bien da á entender esto el júbilo del santo patriarca Abraham y de Sara, su esposa, cuando el Señor les dijo «que á pesar de tener el uno cien años y la otra noventa, tendrían un hijo que les consolaría en su vejez,» y al cual dieron un nombre que expresase la alegría que les causaba. (*Genes. xxi, vers. 6.*)

Esto supuesto, ¿cuál sería el amor de María para con su hijo Jesus? La brevedad de un discurso no permite que nos dilatemos en explicar los poderosos motivos que tenía para amarlo; sin embargo, preciso es decir alguna cosa sobre su concepcion, su nacimiento y su vida; aún no contára esta doncella tres lustros de existencia, cuando se ve sorprendida con una embajada celestial, en la que Dios le pide el consentimiento para que sea su Madre, y por un prodigio singular, viene á ser la vírgen más pura y la madre más fecunda; al dar á luz su hijo Jesus, todos los ángeles del cielo vienen á Belen por mandado del Padre, para que le rindan pleito homenaje como á su Dios y su Rey. (*Hebr. i, ver. 6.*) Pocos días despues ve postrados á sus piés á los sábios del Oriente, quienes atestiguan con sus palabras y donativos su divinidad y su grandeza unidas á la carne que toma de María. Y ¿por qué me detendré en enumerar otras circunstancias? ¿Por qué he de referir las alabanzas que se le prodigaron en el templo al ser presentado en él? ¿Por qué he de hablar de

los milagros de Jesus, de su doctrina, de su imperio sobre los espíritus infernales, y de tantas acciones portentosas, que todas refluían en honor de su Madre, como lo expresó aquella piadosa mujer que nos refiere el Evangelio? (*Luc.*, cap. 11, ver. 27). No quiero hablar de las dotes de aquella alma santísima unida á la divinidad desde el momento de la Creacion, ni de la hermosura de aquel cuerpo, cuya belleza nos pinta la esposa de los cantares, manifestando con figuras las más escogidas que su cabeza era blanca y rubia, más hermosa que el oro, sus cabellos como las flores de las palmas, sus ojos como los de las blancas palomas lavadas en las aguas cristalinas, sus manos blancas y torneadas: todo amable, todo suavidad, todo dulzura. (*Cant.*, v, vers. 10, 11, etc.) Baste decir que Jesus era hijo único de María: baste decir que el esposo de María era Dios, que su padre era Dios, que su hijo era Dios. ¡Oh amor inexplicable de María hácia Jesus! Infinito por su objeto, dejaba de serlo en María sólo porque se lo impedía el sér de criatura. ¡Madres cristianas! Si quereis comparar el amor de esta Madre para con su Hijo con el amor que vosotras teneis á los vuestros, comparais la nada á la existencia, las tinieblas á la luz y la tierra al cielo; vuestro amor está repartido entre muchos hijos y un esposo; mas no es así en María: Dios era todo de María, y María era toda de Dios; no se reconcentran en la concavidad de un vidrio los rayos del sol con la perfeccion con que el amor de María se reconcentraba en su Hijo divino; no se precipitan con tanta rapidez los rios caudalosos en el centro del Océano como el amor de María se internaba y se confundía en el seno de la divinidad; los serafines, al lado de esta criatura, no saben amar, porque si ellos aman á Dios por su bondad y perfecciones, María le amaba por ser su Hijo. Raciocinemos ahora: tiene el amor la propiedad de hacer comunes á las personas amadas los bienes y los males. ¿Cómo

se hallaria, pues, el corazon de María en la pasion de su Hijo? «Es verdad, dice San Bernardo, que muy de antemano estaba persuadida de que su amado Jesus tenía que morir; Dios no la habia ocultado sus designios, pues á los cuarenta dias despues de nacido la dijo por medio de un Profeta que su alma sería traspasada con el cuchillo del dolor; no ignoraba María que sus cuidados, prodigados con tanta ternura hácia él, sólo servían para alimentar y conservar una víctima para la expiacion de la humana descendencia; sí, cuantas veces veía sus manos y piés, los consideraba extendidos y horadados con el hierro de la cruz; cuantas veces contemplaba su cabeza, se le representaba toda agujereada con las espinas, afeada con la sangre, el sudor, el polvo y los esputos de sus enemigos; cuantas veces miraba aquellos ojos divinos, aquella boca suave, aquel pecho depositario de la divinidad, los veía hundidos con las agonías, lívidos por la falta de aliento y herido por la lanza cruel: todo esto es verdad; pero estas ideas, si bien entristecían el corazon de María, mas eran semejantes á las tempestades encerradas entre densas y negras nubes que, amenazando desde léjos, contienen al viajero en una pavorosa expectativa. Mas ¡ay! llegó el momento en que toda la ira del cielo descargaba sobre Jesus, en que los hombres se apoderaron del Justo, en que se reunieron los príncipes contra el unguido del Señor. ¿Qué designios sugerirá á María su tierno corazon? No le es posible arrancar de las manos impías la víctima del pecado, pues ella la ha ofrecido ya para el holocausto; y el deseo que tiene de la redencion humana es tan ardiente, que si el Padre Eterno se lo mandara, ella misma, con más valor y fé que Abraham, descargaria el golpe mortal en la cerviz de su Hijo amado. Inspirada, pues, por su amor, determina ponerse al lado de Jesus, aunque la cueste la vida. Vedla, pues, salir con paso firme y generoso del retiro donde permanecía. Los

padecimientos de su Hijo en los tribunales y en el pretorio habian sido, por decirlo así, privados. Sólo los pontífices y los escribas habian sido testigos de las ignominias que ejecutáran ellos mismos con Jesus en medio del concilio. Prendido á favor de las tinieblas de la noche, habia sido conducido con rapidez del conciliábulo de Caifás á la prision, de la prision al pretorio romano, y en él, despues de haber sido azotado con crueldad y coronado con ignominia, se le dió la sentencia de muerte, ocasionada por la vocería de un pueblo furioso, cuyos ecos resonaron en el corazon del juez más que la inocencia de Jesus; y desde este punto María se constituye compañera de los tormentos de su Hijo.

¡Oh corazon de madre la más tierna! Sale su Hijo arrastrando por las calles de Jerusalem el ignominioso y pesado madero; al son de la trompeta militar camina toda una ciudad, dirigiéndose hácia una montaña cuyos cerros blanquean á lo léjos con las innumerables osamentas de los ajusticiados privados de sepultura; los gritos del populacho, hiriendo los oidos de la afligida madre, la dan á entender que están cerca de la puerta que daba para el Calvario. ¿Quién detendrá sus pasos generosos? ¿Quién podrá ahorrar á María el momento de dolor al encontrarse con su Hijo? Nadie; el amor la hace correr, volar y precipitarse, sin que puedan contener sus pasos las masas, que cual enfurecidas olas del mar se agitan en todas direcciones. Se presenta á su Hijo. ¡Oh momento cruel! Jesus habia caminado sin levantar sus hermosos ojos, y al llegar á la última calle, los eleva con modestia y ve ¡ay! á su desventurada Madre, cuyos ojos, eclipsados con las muchas lágrimas, se dirigen á los suyos, cubiertos de la tristeza présaga de la muerte; pero ¿á dónde vas, Madre, la más desgraciada entre las mujeres? ¡Vuelve tus pasos atras, y allá, en tu retiro, dad rienda suelta á vuestras lágrimas por la muerte próxima de vuestro Hijo! Pero

no es esto lo que quiere María, no, amados míos; ha sabido que Jesus, agobiado con el peso del madero, y atropellado por los furiosos judíos, ha caido ya tres veces en su camino. Si no le es permitido librarle de tanto tormento, su corazon la impele á que se presente á Él y le ayude á llevar la carga. Yo la contemplo en aquel momento dirigiéndole la palabra, más expresada con las miradas que con la voz, suplicándole con encarecimiento que ponga aquella cruz sobre sus hombros, que eche aquella sogá á su cuello y ponga las espinas en su cabeza. Ella ha sido Madre tierna en los treinta y tres años de su vida, y no quiere desmentir su amor en la muerte; desea prodigarle sus cuidados, desea mezclar sus suspiros con los de su Hijo, y áun su sangre, si acaso el verdugo tuviese licencia del cielo para sacrificar dos víctimas. Para esto sale al encuentro de su Hijo; para esto sigue sus sangrientas huellas, y para esto, en fin, se pone al lado de la cruz: *Juxta crucem Jesu, Mater ejus.*

¡Ejemplo sin igual de un amor puro y tierno! Con él nos enseña María á exponernos á todos los trabajos por amor de Dios y para alivio de nuestros hermanos; y en verdad, amados míos, cuando el amor divino ha encontrado un santuario en el corazon, ¡qué impulsos tan generosos no recibe éste! ¡De qué acciones no es capaz! Aunque todas las criaturas se conjuren contra él, los reputa á todos como enemigos débiles, y, como otro David, los desprecia, porque Dios es la luz que le ilumina, la salud que le fortifica; y ¿á quién temerá? El Señor protege su vida; y ¿de quién temblará? Por más que se armen los enemigos, por más asechanzas que le pongan, espera en Dios, y nada teme. Este amor sobrenatural de María, unido al natural de madre, es el que la ha conducido al pié de la cruz. ¿Qué le importan los desprecios de los pontífices, los sarcasmos de los escribas ni el furor de los sicarios, cuando, por aliviar á su Hijo mori-

bundo, Ella se ofrece á los perseguidores? Y si no fué mártir en el cuerpo, no fué ciertamente sino porque el verdugo no se atrevió á sacrificarla, como dice el devoto San Ildefonso. (*Serm. de Assumpti. B. V. M.*) Contemplad, pues, este espectáculo, amados míos; crucificado el Salvador, es elevado sobre la cima del Calvario, y al extender su vista, se mira circuido por todas partes de enemigos encarnizados; unos le han dado á beber hiel y vinagre; otros vomitan de sus infernales bocas blasfemias é insultos; por una parte oye los descompasados acentos de los ladrones que se hallan á su diestra y siniestra; por otra la algazara del pueblo y de los soldados, y entre tanto, rotas las artérias de sus piés y manos, y abiertas sus venas, empieza á correr su sangre y á regar el suelo; todo su cuerpo está sin movimiento por hallarse sujeto al madero con crueles esarpas; la única parte capaz de movimiento es su sagrada cabeza, y al inclinarla se dirigen sus miradas moribundas hácia la Madre compasiva. *Juxta crucem Jesu, Mater ejus.* Justamente se queja Jesus del abandono en que se encuentra; tres años empleados en enseñar al pueblo el reino de Dios, no han hecho impresion alguna en aquel pueblo tan ostentoso y alegre por su suplicio; tantos beneficios prodigados á sus discípulos han sido postergados en los momentos de tribulacion, pues todos le han abandonado; el cielo ha cerrado la puerta á todo consuelo; los ángeles han perdido la fortaleza para defender á su Criador; el Padre no ve en Jesus crucificado un Hijo digno de sus complacencias, sino un Hijo cargado con los pecados de todos los hombres, un Hijo lleno de ignominias, y que es preciso beba hasta las heces del vino de su furor; con razon, repito, Jesus se queja de un desamparo tan extremado; pero ¿podrá dirigir sus quejas á María? ¡Oh, no! Ella se ha puesto á su lado para unir sus suspiros con los de su Hijo, para acompañar sus do-

lores con sus lágrimas; Ella padece la misma sed, sufre las mismas espinas, está abrevada con los mismos improperios, clavada con los mismos clavos. Jesus y María son una misma víctima, semejantes á dos olas que se chocan y cuyas aguas se compenetran y se unen; los tormentos del Hijo vienen á caer en el corazon de la Madre y se identifican con Ella. Sí; Ella le presenta su corazon traspasado de dolor, y esto sólo es el único consuelo de Jesus, mayor que el que pudieran darle todos los discípulos, cuya cobardía los habia alejado del teatro de la pasion. *Juxta crucem Jesu, Mater ejus.*

Para comprobar esta verdad, no necesitamos salir del Evangelio; Jesus agradeció tanto á su Madre esta ternura, que ántes de morir, como dice San Agustin, viendo su desamparo, la proveyó de un hijo que la cuidase y alimentase (*Tract. 119, In Joan.*), sustituyendo su persona en la del amado Discípulo, cuyo especial amor y solicitud por María empezó desde aquel mismo instante. *Et accepit eam discipulus in sua.* Hé aquí, amados míos, un modelo de amor verdadero que nosotros debiéramos imitar, haciéndonos todo para todos, como enseña el Apóstol, y prodigando los oficios de caridad hácia los atribulados, aunque el mundo nos persiga. Habeis visto en María una Madre tierna, y ahora os demostraré que fué una heroína, la más constante, objeto de mi segunda parte.

SEGUNDO PUNTO.

Por mucho que sea el valor de un corazon, y aunque tenga toda la fortaleza de los héroes, hay momentos en la vida en que sucumbe á las impresiones que causan en él las desgracias extremas; no le es posible guardar su serenidad, y, á pesar suyo, se turba, se entristece, se acongoja, y prorrumpe en tristes y lamentables gemidos. Á primera vista parece increíble, amados míos, que el magná-